

# Manuel Payno:

## el hombre de los seudónimos

Nubia Amparo Ortiz Guerrero

**Nubia Amparo Ortiz Guerrero**  
Docente investigadora y crítica literaria. Perteneció a la Sociedad Internacional de Hispanistas, actualmente se desempeña como Docente Investigadora en la Universidad del Papaloapan – Campus Loma Bonita, Oaxaca, México.  
nortiz@lomabonita.unpa.edu.mx

### ***Dadle una máscara y dirá la verdad.***

Oscar Wilde

El artero Ulises, para engañar a Polifemo y dejarlo en ridículo ante los demás cíclopes, que se negaron a prestarle ayuda, ideó la treta de mentir en cuanto a su nombre. Ulises le dijo que se llamaba oudeiv (udéis), traducido al latín, nemo, y en español, nadie. No es ninguna tontería el invento, por eso es un clásico. El engaño de Ulises se repite constantemente: ¿Quién ha sido? «Nadie»; y lo tenemos ante nuestros ojos, pero jurídicamente se llama «Nadie»; y como «Nadie» no puede ser acusado de nada.

Oudeiv (udéis), Nemo, Nadie, es pues el primer seudónimo, el primer «nombre falso» de nuestra cultura. No está mal para empezar. Luego la literatura será pródiga en seudónimos, que serán el nudo de muchos argumentos. La mentira sobre la propia identidad (representada por el nombre), es la que da más juego, la que permite mayores maniobras, la que hace más apasionante cualquier novela y cualquier realidad.

Cuando una persona se designa a sí misma con un nombre distinto al suyo verdadero, ya sea para ocultar su verda-

dera personalidad o darle realce en el ejercicio de una actividad especial está utilizando un seudónimo, que puede formarse con un nombre y apellido, con un prenombre exclusivamente o con una denominación de fantasía, e inclusive con un apellido solamente.

Este seudónimo posee una función similar al nombre que es la de identificarlo como sujeto en la sociedad, y cuando reviste una importancia similar a la del nombre, adquiriendo notoriedad, goza de la tutela del nombre.

Pliner expresa que el seudónimo no es siempre una forma de ocultar su personalidad, sino más bien de escindir-la. Ya desde tiempos lejanos se utilizaban seudónimos en reemplazo del nombre para autoconstruirse en los demás, en actividades vinculadas con la literatura, política, ciencia, etcétera. Como Aristocles Arístides (Platón) y Homero, al parecer, era un seudónimo, derivado de la raíz -M -R, que en las lenguas semíticas evoca el hablar o recitar.

Significativo y notable es el cambio de nombre de Simón en el bautismo nominal efectuado por Jesús, que lo convirtió en Pedro. El primer Papa que fue obligado por el Consejo de Cardenales a cambiar su nombre tenía uno por

demás extraño y poco espiritual: Boca de Porco, quién se convirtió en Sergio II en el año 844 d. C. Y a partir de allí quedó reafirmada la costumbre. También suele considerarse como seudónimo el nombre monacal o monástico que consiste en un prenombre que sustituye al nombre civil a los efectos de la vida religiosa.

En la política es prácticamente imposible enumerar quienes han sido todos los que utilizaron seudónimos, pero muchos de ellos luego de transformar su nombre fueron conocidos líderes políticos. Vladimir Illitch Oulianov, Iossif Vissarionovitch Djougatchvili y Lev Davidovith Bronstein son nada más y nada menos que Lenin, Stalin y Trotsky

«El uso de los seudónimos fue una respuesta de los escritores y periodistas que debían multiplicar sus colaboraciones en medios sin repetir su verdadero nombre», explica Monsiváis, era la única forma de poder laborar en varios periódicos y obtener un ingreso más, era más una forma de sobrevivir sobre todo en el Siglo XIX

Si en el origen del seudónimo está la autopreservación, en la elección del seudónimo pueden estar el narcisismo, el homenaje, el deseo de ser otro, de proyectarse en otro, o de ocultar el propio origen. La elección del seudónimo dice mucho sobre el autor, de su autoimagen consciente o inconsciente. Uno de los recursos más comunes en la confección de un seudónimo es una proyección idealizada de sí.

En México en el Siglo XIX el uso del seudónimo fue lo que más llamó la atención de los críticos de la época ya que a diario aparecían escritos diversos y sus autores utilizaban el seudónimo en forma variada pero con alguna relación a sus escritos o gustos literarios. Manuel Gutiérrez Nájera ( 1859 – 1895) firmó

sus producciones literarias como: Cancan, Croix – Dieu, Ignotus, Nemo, Perico de los Palotes, Puck, entre otros, para un total de 25 ; Vicente de Paula Andrade (1844-1915) utiliza 21 seudónimos a lo largo de su carrera. Guillermo Prieto (1818-1897) conocido en sus publicaciones como: D. Simplicio, Don Benedetto, G.P., El Romancero, Zancadilla, y Fidel; otro contemporáneo de Prieto es Vicente Riva Palacio( 1832-1896) conocido como Rosa Espino, Leporelo, El General, y Cero; Manuel Payno (1810-1894) firma algunas producciones literarias así: Fidel y Yo, El mismo Yo, El bibliotecario, Payno y del Castillo, M.P.C., M.P., P., Manuel Payno, M. Payno. y Payno. Algunos estudiosos de la obra de Payno entre ellos Duclas y Manrique aluden a estos sinónimos, y dejan de nombrar el que hizo que Los Bandidos de Río de Frío se diera a conocer: Un Ingenio de la Corte. Con este nombre se publica dicha novela en Barcelona y es en México a partir de 1918 que se cambia la presentación de la misma y se edita en numerosos volúmenes con el nombre del autor.

Manuel Payno en el último capítulo «Cosas de otro tiempo» nos cuenta como inició la escritura de **Los Bandidos...** y hace referencia a la omisión de su nombre como autor, ya que él pensaba que no terminaría la escritura por lo avanzado de su edad: «No puse mi nombre al frente de la novela, entre otras cosas, porque no sabía si mi edad y mis pesares me permitirían acabarla... De entonces a hoy, ¡cuántas cosas tristes han pasado en mi vida, cuántos dolores, aún más agudos que los que he podido imaginar para mis personajes fantásticos! ¡Qué espanto tan terrible cuando he visto entrar y sentarse en mi pacífico y dichoso hogar a la negra melancolía y a

la punzante amargura! La novela se interrumpió; los lectores se enfadaron. Dios ha permitido que yo siga todavía el penoso viaje de la vida, y la obra ha terminado en la costa de Normandía, delante de una playa desierta, de un mar como un espejo y en un hotel donde no había más viajero que yo. Allí en la quietud y soledad de mi cuarto, he pensado también en las «cosas de otros tiempos», completando más de dos mil páginas que habrán fatigado, más que a mí al más sufrido y paciente de mis lectores.»

Es así como Payno consideraba que el seudónimo era una forma de presentar sus producciones literarias y ya en escritos anteriores había empleado esta técnica. En el Siglo XIX quienes ejercían la literatura como profesión debían en forma simultánea ejercer otra actividad, generalmente eran políticos o desempeñaban cargos oficiales, ya que por su reconocimiento económico en el campo de las letras no era posible sobrevivir. Gutiérrez Nájera es elocuente cuando dice: «de todos los caminos que guían a la pobreza la literatura es el más amplio y expedito». Y más adelante agrega: «Lo que sí queda fuera de toda duda, es que todos los poetas, menos los que han nacido en buena cuna, menos los pedigüños, y menos los afortunados, han hecho oír sus quejas y lamentaciones, sus elegías y sus gruñidos de miseria». Por estas circunstancias algunos escritores como Manuel Payno acuden al oficio de la escritura como al de ser figura política o desempeñar cargos oficiales, los cuales en algunas ocasiones impedían que divulgaran sus nombres y hasta firmar ciertos documentos que no fueran sólo los oficiales, ésta puede ser una de las situaciones en la que se vio el señor Manuel Payno y optó por emplear el uso del seudónimo. Otro aspecto puede ser el hecho de fijar una posición frente a los hechos de la época,

ya lo había planteado cuando escribe aquel 5 de octubre de 1843 «El ómnibus de Tacubaya» y en uno de sus apartes dice: «Estas palabras me interesaron e hicieron conocer que el ómnibus tenía más talento que el que era de esperarse, y no me asombré de que un ómnibus hablara y razonara así, cuando tantos fenómenos se ven en estos tiempos. No os asombréis, lectores, de que hable un ómnibus, cuando conocéis hombres que no han leído más que la cartilla, y pasan por sabios; matasietes y valentones, a quienes asusta el ruido de una olla de frijoles que hierva en la cocina; aventureros que hacen fortuna, y pasan por lo más selecto de la sociedad; charlatanes que critican por hábito cuanto oyen, cuando leen y cuanto ven; liberales exaltados, para quienes la libertad es una especulación; usureros de carrozas espléndidas, ante quien se humilla y postra todo el mundo, etcétera, pero cortemos la digresión y oigamos al ómnibus» Y es en el siglo XIX cuando el auge del seudónimo en México se hace más evidente y no es solo facultativo de los liberales como lo menciona el señor Boris Rosen Jélomer en su conocida entrevista imaginaria a Manuel Payno al decirle: «Al igual que otros prominentes liberales, usted también usó varios seudónimos para firmar sus escritos; entre los más conocidos está un monosilabo: YO. ¿Qué significó para usted ese YO?

PAYNO: Cuando me bautizaron me pusieron Perico o Juan; no me acuerdo; pero después registré ávidamente el calendario al mismo tiempo que mi conciencia, y hallé que era un ente con mis caprichos, mis opiniones, mi soberbia, mi amor, mis defectos; y como no he tenido la vanidad de elogiarme yo mismo, ni de creerme superior a los demás, resolví llamarme YO. Los patriotas exaltados que oyes perorar en los cafés cual otros cicerones, son YO.

A sus ideas, a sus principios, a sus errores, a sus pasiones son las que quieren ver rigiendo la sociedad, y en todo esto van mezcladas abundantemente sus colosales esperanzas, y sus proyectos de ambición. Éstos pertenecen más a sí mismos que a la patria, y por consiguiente es ser YO. Los viejos rancios que desconocen todas las mejoras del progreso y todas las ideas que el tiempo y la civilización han creado para la perfección de las sociedades, y que desean la vuelta de aquellos tiempos de poltronería en que con un poco de latín y Antonio Gómez dominaban una generación entera, no son más que YO. Los zoilos ignorantes y críticos de profesión que ven su descrédito y su ruina en los adelantos de la juventud, se ponen de uñas con cuanta idea no se sujeta a su aprobación: quieren que sus pobres pensamientos y sus singulares manías dominen la sociedad. Ésos son YO. En una palabra, el individualismo es el que domina la sociedad: cada cual se cree sabio, valiente, grande, virtuoso; y cada cual busca por diversos caminos su conveniencia y sus mejoras, sin cuidarse de los demás.»

Sin duda alguna Manuel Payno en cada escrito, en cada prólogo, en cada expresión siempre nos revela el origen de sus múltiples seudónimos. “No sé qué razones de gran peso tuviste – me escribe mi amigo – para no poner tu nombre al frente de la novela y convertirte en un ingenio de la corte. ¿No recuerdas que los ingenios de la corte en tiempos pasados se han llamado Calderón, Lope, Tirso, Moreto y Ruiz de Alarcón, y en los presentes, Pereda, Selgas, Canovas, Núñez de Arce y otros muchos? ¿Tendrías la pretensión de quererte introducir como de contrabando entre esas gentes y cuando se descorriese el velo del anónimo aparecer como un prodigio... de talento? No lo creo, por que nunca te he conocido ni orgulloso

ni fatuo, y mal que bien, desde hace años has firmado tus artículos sufriendo con paciencia la crítica y recibiendo con modestia las alabanzas. Por otra parte, es del todo imposible que quieras ocultarte cuando escribes. Todo en ti se reduce a plática, y lo mismo es un discurso en el Congreso, que una novela, o que una charla insustancial en un café. No te ofendas por esto, pero es la verdad, y de poco te ha servido leer los clásicos italianos, a los clásicos españoles, y a los clásicos de todo el mundo. Tú has quedado el mismo sin aprender nada y sin corregirte de tus defectos”.<sup>1</sup> ♣

#### Nota

<sup>1</sup> Manuel Payno. Los Bandidos de Río Frío. Editorial Porrúa, México 2003 p. 987

*A. van der Horst.*

